

TRASCENDENCIA ESPIRITUAL

Jorge Yarce

La trascendencia absoluta (Dios) es distinta de las otras formas de trascendencia. Sería extraño que habláramos de felicidad humana y no mencionáramos para nada a Dios, como si fuera ajeno a ella, o como si se tratara de un tema fruto sólo de una convicción religiosa.

Es algo que está en lo más hondo de las inquietudes del hombre de todos los tiempos. No voy, pues, a tratar de decir la última palabra. Simplemente voy a expresar lo que pienso.

El lector podría reclamarme que, de todos modos, parto de unos supuestos para hablar del tema. Así es, y no es posible prescindir de ellos. No es tanto un problema de conocimiento o de cultura, sino de vivencias y convicciones muy arraigadas, que son más fuertes que nosotros mismos, y que afloran al tocar cuestiones como la trascendencia, Dios, el mal, la muerte, el espíritu, la inmortalidad, la eternidad, la conciencia, la inmaterialidad, la subjetividad, la libertad, el infinito, la reflexión, la interioridad, la ultratemporalidad...

Son temas situados en la frontera de la vida, inevitables, porque parecen surgir del ser del hombre como parte de su condición. Pero no se plantean como los problemas típicos de la física –la gravedad, la aceleración, o la relatividad–, en los que hay unas verdades científicas reconocidas a lo largo de los siglos.

Aquellos temas permanecen siempre en una especie de penumbra que toca a cada persona tratar de desvelar y de sacar el concreto significado para su existencia. Escapan a una visión simplemente natural del ser del hombre y nos impulsan más allá.

El ser humano puede volver sobre sí mismo –conciencia– y tratar de entender lo que trasciende a la corporalidad, la dimensión espiritual en la que parece radicar esa capacidad de volver sobre sí mismo y de plantearse el sentido de la vida.

En lo humano tenemos experiencias, como huellas cercanas a lo enigmático o misterioso. Son realidades o situaciones que nos acercan la

trascendencia. El amor humano, dice Thibon, es “una puerta al infinito”, nos abre a la trascendencia y encierra un presentimiento de eternidad como más allá del tiempo. Muchas veces más real e intenso en nosotros que lo que vemos y tocamos. *“Ojalá pudiésemos, a fuerza de amar, impulsar el amor más allá del amor”* (Sarrazone).

Así como en el ser amado buscamos el complemento que nos falta, en Dios buscamos la perfección que no tenemos y que anhelamos. Hay en la persona un núcleo espiritual que pervive, un afán de inmortalidad que tiene una razón de ser, su propia alma, que no corre la suerte del cuerpo que se disuelve en sus elementos físicos.

Ahí confluyen esas realidades no conocidas completamente, misteriosas, que mantienen en vilo al hombre. Su espíritu (del cual Teresa de Jesús dice que debe ser “la sustancia del alma misma”) es inmaterial e inmortal. La conciencia certifica ese querer escapar de la ley de la mortalidad.

No podemos decir que el tema de Dios es un problema al estilo de los problemas de la ciencia, ni tampoco reducirlo a ser un problema del corazón o de la cabeza. Si fuera un “problema”, lo podríamos acotar en unas premisas y aplicarle el método científico.

Lo intentamos con el método filosófico, que tampoco nos da certeza total, aunque puede conducirnos a la afirmación de un principio o fundamento externo del universo y de la vida humana, prescindiendo de lo que conocemos por la religión.

Lo que sí podemos hacer es pensar en Dios y tratar de entender por qué el hombre es capaz de hacerse esa pregunta y de intentar responderla afirmativamente. No se hace una pregunta absurda, contradictoria con las leyes de su existencia.

Es una pregunta acorde con su dignidad, con la capacidad de su intelecto. Los primeros pensadores cristianos decían que el hombre era

un ser “capaz de Dios” (*capax Dei*), o sea, que puede descubrir a Dios con la fuerza de su raciocinio.

El dilema es escoger entre el azar, la suerte, la abstención, o Dios. En caso de duda, yo me quedo con Dios. Dar la espalda siempre es más fácil que hacer frente.

Hoy en día pululan las posturas agnósticas, puesto que el ateísmo ya no está de moda, en las que ni se afirma ni se niega. O si se afirma, se dice que no podemos conocer su existencia.

“El agnóstico –piensa Ortega y Gasset– es un órgano de percepción acomodado exclusivamente a lo inmediato”. Ese modo de pensar conecta con el materialismo imperante en la sociedad, y con la discusión sobre el mal: si existe el mal, no es posible admitir que exista Dios. O si existe y no lo suprime, entonces Dios no es un Dios bueno.

El afán de seguridad y de bienestar material, el huir del dolor y de la muerte, son cosas muy propias para evitar salidas “inconvenientes” que nos llevarían a buscar en Dios, el responsable de esos males, y a aceptar y vivir esas realidades de otro modo. Hasta tal punto que algunos no creen en él, pero sí lo hacen responsable de esas cosas.

Por eso, Thibon dice que el ateísmo de hoy no es no creer en Dios, sino creer en cualquier cosa. De lo contrario, se cae en las ingenuidades de seguir preguntándose por qué el cirujano no encuentra el alma al abrir a un paciente o por qué los astronautas no ven a Dios en el espacio.

Dios no puede ser objeto de un enfoque utilitarista, porque enseguida se le rebaja como si fuera un objeto de consumo. Pero tampoco se trata de convertir a Dios en un enredo o en un ser mítico.

Los mitos son algo completamente distinto (símbolos o representaciones anticipadas de lo que puede ser la muerte o el más allá del hombre, para tratar de entender lo que es o lo que le pasa).

Dios se presenta a los ojos humanos no como una representación, sino como la superación de todas las representaciones simbólicas, como un ser personal que entra en diálogo con el hombre.

Tampoco Dios está a la mano porque podamos tratarlo como se tratan los acontecimientos humanos, aportando evidencias para una investigación judicial.

No es éste el momento de hablar de las diferentes argumentaciones que, en el plano de la filosofía y a lo largo de los siglos, se han propuesto como caminos para demostrar que la razón humana puede llegar por sí sola a la existencia de Dios.

Quisiera, más bien, señalar que hay argumentos históricos, culturales, psicológicos y éticos expresados por filósofos y científicos, indicando que por esos caminos se llega a Dios, y que tal vez sean esos los caminos de la inmensa mayoría de las personas.

Pero de ahí a reducir a pensar que sólo la fe nos lleva a El, sería una forma de rebajar la dignidad y la capacidad de la razón humana.

Una dimensión diferente

“El hombre piensa, el hombre sabe que va morir” dice Pascal. Si todo termina con la muerte, entonces la vida pierde su sentido. Es como si pasara una segadora que corta de un tajo la felicidad y el amor, todo aquello por lo cual vivimos, y por lo cual estamos incluso dispuestos a morir con tal de no perderlo.

Si todo acaba ahí, la vida no sería más que un gran engaño, una estafa que nos han hecho a todos para hacernos correr tras el absurdo. No hay tal engaño, porque el único ser capaz de plantearse este dilema (muerte o inmortalidad) somos nosotros.

Sin la trascendencia no sabríamos tampoco dar razón de la libertad, que hace posible que demos respuestas en uno u otro sentido, que escojamos uno u otro camino, incluso al margen de Dios.

Está claro, como dice Josemaría Escrivá, que *“Dios ha querido correr el riesgo de nuestra libertad”*, y no parece que quisiera arrepentirse de habernos concedido el don que hace posible los demás dones en nuestra vida.

La experiencia de la muerte de los demás, y el presentimiento de la propia, constituye un drama porque se ponen en máxima tensión y ruptura el

fundamento espiritual y el material, que se necesitan el uno al otro.

Y no quieren vivir separado el uno del otro. Cuando llega la inevitable separación del cuerpo, el alma se resiste a quedarse sola, aunque sea capaz de sobrevivir al cuerpo, porque ya no estará en un ser completo, sino sólo en su espíritu.

La muerte es la soledad radical de uno consigo mismo, porque nos morimos nosotros, no los demás. Según Marcel, es el “*exilio absoluto*”. Además, la muerte está muy desprestigiada como tema de conversación. De vez en cuando hay quienes destacan su importancia. Uno de ellos Steve Jobs, el fundador de Apple, en su famoso discurso a los estudiantes de Stanford en junio del 2005:

“Recordar que moriré pronto es la herramienta más importante que haya encontrado alguna vez para ayudarme a tomar las grandes decisiones en mi vida. Porque casi todas –las expectativas externas, el orgullo, el temor de la vergüenza o del fracaso– estas cosas desaparecen con la muerte, dejando sólo lo que es realmente importante”.

“Recordar que vas a morir es la mejor forma que conozco para evitar la trampa de pensar que tienes algo que perder. Ya estas desnudo. No hay razón para no seguir tu corazón. Nadie quiere morir. Aun cuando las personas quieren ir al cielo no quieren morir para ir allá. Y la muerte es el destino que todos compartimos. Nadie se ha escapado de ella alguna vez.

Y es como debería ser, porque la muerte es muy probablemente la mejor invención de la vida. Es el agente que cambia la vida. Limpia lo viejo para dar vía a lo nuevo. Ahora mismo, lo nuevo eres tú, pero algún día no muy lejos de ahora, llegarás a ser gradualmente el viejo y serás apartado. Disculpen por ser tan dramático, pero es la pura verdad”.

Si lo dice un filósofo o un predicador, el tema pasa de largo. Pero que lo diga una gran figura contemporánea del mundo de la tecnología y los negocios, tiene una fuerza especial. Y que lo diga a unos jóvenes que están comenzando su vida, tiene un relieve notorio porque, en un sentido, les está *aguardando* la fiesta, porque no se esperaban esas palabras del inventor del Ipod que tenían pegado a sus oídos todo el día.

En otro sentido, les está haciendo el mejor de los regalos, hacerlos pensar en las realidades importantes de la vida, de las cuales normalmente no les hablan ni mucho ni poco en la universidad.

Si todas las ansias de infinito y de perdurar se quedan sin respuesta, en una especie de vacío total; si el deseo de perfección que anida en todo hombre no lleva a un fin o a una meta superior, entonces “apague y vámonos”.

Entre apostarle a la suerte impredecible de la aniquilación o a la salvación, me quedo con ésta. Si hay dudas, ya veremos a la hora de la verdad. Es cuestión de recordar (Llano) lo que decía Sócrates a sus discípulos antes de beber la cicuta, a la que se le había condenado por defender la inmortalidad del alma: “Les he hablado mucho de ella, pero no sé más que ustedes. Por lo demás, pronto lo sabré”.

Siguiendo una idea de Thibon, podemos decir que Cristo habló también de la inmortalidad, que prometió de modo patente al buen ladrón al pie de la Cruz.

Pero no lo condenaron a muerte por defender la inmortalidad, sino por decir que Él era la Verdad, y que había nacido para establecer un reino que no era de este mundo. Sudó sangre pensando en su muerte, e invocó al Padre para que, si era posible, no pasara por ella.

Sócrates fue un sabio: Cristo era Dios redentor que derrotó a la muerte. Por eso, con Cristo el dolor humano se convierte en sufrimiento salvador.

Lo que acababa normalmente en tragedia irremediable, se convirtió a partir de ese momento en un drama por el cual la vida humana puede acabar bien.

“Esta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo: hacer, de un mal un bien” (J. Escrivá).

Un motivo para esperar

En la religión (viene de “religación”) es una relación real, no simplemente imaginaria, del hombre con el Otro, que se descubre en la vida humana y no necesariamente depende de una fe religiosa previamente aceptada

Por distintos caminos el ser humano llega a una religiosidad a través de la cual descubre la trascendencia absoluta en su vida.

Pero puede llegar a ese descubrimiento por la fe religiosa explícita que se le comunica a través de un sistema de creencias que proceden no de su razón, sino de una revelación de Dios.

Todo eso lleva al ser humano a un comportamiento y a unas manifestaciones que constituyen formas de diálogo, de entrar en contacto con Dios, que se le presentan como un llamado libre al que puede responder, en el fondo, sólo desde su propia interioridad.

Todos los hábitos y creencias que la persona ha recibido, y que procura vivir y entender, no le bastan por sí mismas, aunque representen un bien espiritual. Estas cosas adquieren un sentido pleno cuando la persona, desde su intimidad, se abre libre y conscientemente a esa realidad trascendente, al Otro absoluto que es, a su vez, Amor, desde el cual y para el cual conecta todas las demás realidades de su vida.

He dicho que lo opuesto a la trascendencia es la inmanencia, ese quedarse encerrado en los estrechos límites de la existencia corporal y del yo. Por ahí, se puede caer en el nihilismo, en el ateísmo o en el agnosticismo.

Esta angustia paraliza la vida humana y nos pone ante la muerte como un límite, un muro, contra el cual se despedaza la existencia y choca toda posibilidad de sobrevivir, todo anhelo de inmortalidad.

Hay una angustia válida, que es la que procede de la conciencia de ser limitados, de sentirnos profundamente vulnerables. También a causa de los errores, y por lo que los cristianos llamamos el pecado, que introduce la muerte a la vez que abre las puertas a la recuperación del hombre por Dios.

Con la fe, la angustia busca apoyo en el Otro, que nos da sentido porque nos lleva a trascender la muerte. Y en esa perspectiva, la muerte no es aniquilación porque cobra sentido por otra muerte, la de Cristo. Deja de ser barrera para ser liberación, porque Él triunfó sobre la

muerte. Hay vidas a las que acercándolas a este misterio recobran su sentido, dejan de ser vidas perdidas, se curan por algo que las trasciende.

Hay muchas vidas fracasadas, perforadas por el rictus amargo de la muerte anticipada, a veces por la ruptura física que produce la enfermedad o por el drama psicológico de una patología de la personalidad. Pero siempre hay un poco de luz, posibilidad de recuperarlas, de infundirles nueva vida.

En el camino hacia la muerte, el ser humano necesita dónde apoyarse, saber que su horizonte futuro no es desértico, que espera algo que da sentido al seguir caminando en la existencia.

Es como un lucero que no puede apagarse porque andaríamos en la oscuridad por siempre, mientras buscamos esa plenitud que no llega aún.

Ésa es la esperanza, el “todavía no” (Pieper), lo que nos sostiene como caminantes. No tener la plenitud no es algo puramente negativo, es una indicación de que tenemos posibilidades mientras dispongamos del tiempo para preparar nuestras alforjas para más allá del tiempo.

La vida humana es siempre estar en camino hacia algo, no en camino hacia ninguna parte. Es decir, tenemos un ideal, una meta desde el principio del camino, que consciente o inconscientemente influye en mantenernos en camino.

Pero con la mirada puesta en esa meta discurre la vida concreta, la realización personal diaria. No hay felicidad que esté sólo al final del camino. Si es verdadera felicidad, de algún modo está a la base de toda pregunta por el sentido de nuestra vida.

La esperanza, en ese sentido, va unida a la invocación, a la llamada que desde el ser del hombre se dirige, como un disparo al infinito, para ser oída por Alguien que ha sembrado la raíz de esa esperanza en el corazón humano. Ese Alguien, Dios, nos quiere felices y nos ha hecho para ser.